gallardía y lealtad, se interpuso entre el padre y el hijo, y la bala dirigida al pecho de Lorenzo la atravesó á ella de sien á sien. Lorenzo, que la sostuvo por el talle, la sintió doblegarse, pesar, deslizarse al suelo... y estúpido de horror, no se daba cuenta aún de que aquello era la muerte.

MUJER

I

HAN enganchado ya—dijo Alfonso de la Cueva, entrando viva y alegremente en el tocador de su esposa, que en aquel mismo instante abría los brazos para facilitar á la doncella la colocación del abrigo, de brocado blanco y plata.—El movimiento del cuerpo de la dama fué tan gracioso al agasajarse en su magnífica *salida de teatro*; la cabeza chica y atrevidamente peinada á la griega resaltaba con tal donaire sobre el cuello aureolado de piel de cisne, que el joven marido, entusiasmado, iba á permitirse alguna familiaridad indiscreta, á no contenerle expresiva ojeada, entre maliciosa y suplicante.

La doncella, muy seria y digna, murmuró:

—No me ha mandado la señora sacar abanico ni pañuelo. ¿Se la olvida á la señora?

—¡Es verdad!—exclamó Ana.—Saque V. un pañuelo... cualquiera... de encaje... y el abanico de los pastores... el de concha.

Mientras la doncella abría y cerraba armarios, los esposos, alborozados y risueños, trocaban señitas como dos novios.

En efecto, eran casi novios todavía; su luna de miel contaría de fecha cinco meses. El enlace se había verificado en Julio, con gran aparato y pompa, en casa de los padres de Ana, los marqueses de Monclares; y después de la ceremonia los desposados salieron hacia París, prolongando luego el viaje, perdiéndose en los bonitos y aislados hoteles de Alemania y Suiza, desgranando el tiempo á placer y según el capricho de su pasión nueva y fresca. Porque conviene advertir que, á pesar de las razones prácticas y de vanidad que habían influido en el enlace—los Monclares nobles recientes y opulentísimos, los la Cueva nada acaudalados pero de la pierna del Cid; á pesar de la vulgaridad y la rutina elegante que presidió á la boda, á pesar del pasado borrascoso y el bullicioso genio de Alfonso, que contrastaba con el carácter grave y firme de Ana,—la posesión, la vida común, y sobre todo alguna otra causa de esas que no se explican, porque pertenecen á la esfera de lo indefinible, hicieron germinar, crecer y abrirse la flor rara y exquisita de un grandísimo amor, que llamaré *conyugal* sólo porque Ana y Alfonso estaban casados ante la ley, pero que unía la dulce seguridad de los afectos lícitos á la inquieta vehemencia de los extralegales.

Ha de saberse que en el alma de la esposa no brotó la flor así de pronto. Recelos de niña millonaria, que teme no ser querida por sus propios atractivos; pudores de un espíritu que necesita tiempo para no avergonzarse de la dicha; involuntario miedo al hombre que ya nada ignora y tal vez se ha cansado de todo; recato de mujer honesta, tardía en rasgar el último velo, aplazamientos naturales en un carácter que sabe aguardar porque sabe perseverar también—todo esto hizo que la conquista de Ana no fuese fácil para su marido, habituado á más rápidas victorias.—Alfonso de la Cueva contaba con una señorita pasiva y dócil: encontró personalidad y algo que pudiera llamarse resistencia moral: su corazón se interesó, y ya interesado, le sirvió de buen consejero para lograr lo que con todas veras apetecía. Los azares y sorpresas del viaje le ayudaron, creando intimidades deliciosas, dejándoles solos ante la naturaleza, el arte y los recuerdos, suprimiendo amigas, amigos, parentela, negocios y cuidados, y concentrando todas las facultades de la sensibilidad en un punto: el cultivo del naciente amor. Poco á poco Ana iba transformándose, y Alfonso tuvo la suerte de asistir al precioso espectáculo, al diorama en que el país nevado se borra, y le reemplaza insensiblemente el Vesubio en ignición, derramando lava y coronándose con un penacho de fuego.

Cuando regresaron á Madrid hallábanse los dos esposos en la mejor disposición para vivir

muy felices al amparo de todas las leyes é instituciones divinas y humanas. ¡Caso en verdad poco frecuente y por lo mismo ejemplar! Alfonso (sin que le pesase la mucha hacienda adquirida por medio del casamiento), anteponía ya el cariño de su Ana á las riquezas, de que no pensaba abusar, sino usar en buena compañía, formándose una vida de familia y de sociedad muy agradable, muy decorosa, llena de legítimas satisfacciones, con la alegría de la prole que continúa el linaje, y la consideración, blanda almohada de raso donde reposa á gusto la encanecida cabeza. De sus tiempos de soltero quedábanle á Alfonso memorias de mil aventuras estériles, de amargo ó vulgarísimo desenlace; de mil apuros y reprimendas paternales; de una existencia insegura, falsa, borrascosa, agitada por la mentira del placer, la humillación de amor propio del noble relativamente pobre... y nunca embellecida por el rastro luminoso de la gran adhesión femenil, que en el matrimonio había venido por fin á encontrar. No, Alfonso no echaba de menos el estado de soltería. Era dichoso.

Y Ana lo era más aún, por la juventud virginal de su alma, que poblaban divinas ilusiones. Tenía Ana una de esas naturalezas generosas, que en cada edad realizan todo el contenido de ella, siendo traviesas y descuidadas en la niñez, soñadoras en la primera juventud, apasionadas en la segunda, desengañadas y reflexivas en la madurez, serenas en la ancianidad. —Suspensa entre el sueño y la pasión, Ana tenía á su Alfonso retratado en el alma con tales colores y tales rasgos de belleza, que si él se viese, no podría menos de temblar; porque el idealismo de la mujer constituye peligro horrible para la mayor parte de los hombres; puede ser lo que es la claridad del día para la tez ajada que sólo se ha contemplado á la luz artificial.

Algunas veces, en momentos de expansión, Ana, recostada sobre el pecho de su marido ó entretenida en alisarle el negro pelo, le había dicho lo que de él pensaba. «Te conozco ya... te sé de memoria, Fonsin. Tú has sido un poquillo... así... mala cabeza...» «No, hija... lo de todos... es decir, lo de todos cuando no son unos madamitas ó unos sacristanes como Manolo Andújar...» Es de saber que Manolo Andújar, muchacho muy católico, y primo de Ana, la había pretendido, recibiendo calabazas formidables. «No, no; tú has ido más allá... ya estoy impuesta, ¿sabes? Hubo locuritas, señor mío, se ha hecho el diablo á cuatro... Lances, conflictos, calaveradas gordas... ¡Si me dirás á mí!... ¡Estoy yo más fuerte en la historia de Alfonso XIV!» Al oir tales afirmaciones la Cueva sonreía con discreta fatuidad, halagado. Realmente, el concepto que expresaban estas frases tenía mucho de lisonjero.—Ana, en su desconocimiento absoluto de ciertas esferas sociales y del significado de ciertas palabras, entendía la de *calaverada* de un modo romancesco, literario, sin realidad alguna. El aspecto vulgar, innoble, mezquino, cursi y hasta aburrido que toma el vicio en capitales pequeñas como Ma-

drid, y más para señoritos de corta hacienda, no lo sospechaba siquiera Ana; la vieja y siempre gallarda silueta del *Tenorio* flotaba en su fantasía, y la idea de haber *redimido* á Alfonso la estremecía de placer. ¿A qué negarlo? El hombre debía ser así: mocedad azarosa, pendenciera, arrogante, hasta que el verdadero amor le aparta de la extraviada senda. ¡Pobre Ana!—«Ahora vida nueva, Fonsín», decía atrayéndole á sí y apretándole las sienes con delirio. «¿No es cierto que nunca fuiste tan feliz? Claro, me lo has dicho cien veces... pero siempre gusta oirlo. Ahora, juicio, nada de historias; el mal genio y el puntillo de honor bajo llave... y la llave me la das á mí... ¿eh? Ya tengo otra: ¿no dices que la del corazón? Pues así son dos las que guardo muy guardaditas... No las suelto.»

Al regreso del viaje, en medio de la grata faena de instalarse en el flamante hotelito de la calle de Ferraz,—todo coquetón y emperifollado, vestido de cretonas, sedas y tapices, con la atmósfera oliente á barniz y madera recién labrada, y el jardincillo recortado á tijera, lleno de macetas cucas,—Ana reiteró las mismas advertencias hechas durante el camino. Por la noche, cuando no salían—y era muy á menudo—sentábanse cerca de la chimenea de leña, lumbre clara que combatía las primeras humedades y el frío, ya sensibe, de Noviembre, y más tiempo abrazados que distantes, charlaban con la efusión y la inagotable locuacidad de los que no se separan ni una hora—únicos que

tienen siempre qué decirse.—El periódico de la noche, que les traían á cosa de las diez, solía quedar sobre la mesa, doblado como había venido en la bandeja de plata. Tan cierto es que los que tienen plenitud de vida interior prescinden del mundo exterior con magnífico desdén.

Hay, sin embargo en el amor satisfecho y venturoso, alternando con la tendencia á aislarse, otra á dejarse ver, á ostentar ante los ojos de la gente joya de tanto precio, que á tasarla en lo que vale, por ella se desdeñarían perlas y solitarios. En los recién casados estimula el deseo de salir á vistas la pueril é inocente vanidad de enseñar sus galas, los trajes de atrevido corte, de París, los aderezos deslumbradores, y sobre todo el palmito de la novia realzado por el nuevo estilo de vestir y el nuevo modo de vivir.

Esta primera exhibición en público la realizaban Ana y Alfonso la noche en que hemos visto que la novia se olvidada de accesorios tan indispensables como el abanico y el pañuelo. Iban á una tertulia semanal; el tresillo de su tía la marquesa de Lanzafuerte. La marquesa, al encontrar á los novios una tarde de otoño en la Moncloa, les había echado, entre bromas y veras, una peluca: que no la hacían caso, que la nueva sobrina no se dignaba aportar por su rincón, que hasta los tórtolos salen alguna vez del nido... Y fué el mismo Alfonso quien dijo un miércoles, entre el helado y el asado: «Nitis, feúcha, ¿crees tú que es cosa de ir mañana?»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

«Pecho al agua; iremos.» «¿Te pondrás el vestido de Félix, el azul?» «Si quieres... Pero no; es demasiado estrepitoso, con aquel volantazo, para un jueves como otro cualquiera. Sacaremos á relucir el gris... y las turquesas, bueno,» «Hoy te probarás esos trapos, Nitis; así tendré yo las primicias.»

Hasta que estuvieron reclinados en el coche, el marido casi oculto bajo el amplia y crujiente faldamenta de la mujer, no sintió Ana la aprensión instintiva que nos causa toda variación de costumbres en medio de un período de bienandanza completa. Una ligera opresión en el pecho, una cavilación involuntaria que la hizo enmudecer, fueron los síntomas primeros de su estado de alma. Y lo singular era que Alfonso también parecía pensativo y guardaba silencio, afectando mirar por el vidrio, que empezaba á empañarse, la sucesión de casas y la alternativa de sombras y luces que en ellas proyectaban los faroles. Las ideas desagradables de Ana se concretaban ya: eran vaguedades celosas, temor al mundo y á la sociedad, que podía robarla su tesoro. ¡Alfonso valía tanto! ¡Existe en Madrid tantísima mujer de presa, ladrona de almas! Y al pronto, sólo este riesgo presintió.

Otra clase de recelos rumiaba Alfonso... Estos sí que eran amarguillos; se asemejaban al desasosiego involuntario de la mala conciencia.—El sabía que al hacer corte de cuentas con la vida de soltero, no había saldado todas sus deudas morales con la puntualidad escrupulosa

de pagador honrado... Más de una vez se había declarado insolvente, y más de una vez, con astucia ó con descaro, supo eludir el reconocerse deudor... Y temía por instinto, lo que temen todos los que conservan en su poder algo ajeno: oir la voz, ver la cara del acreedor maldito... Sacudió aquella pesadilla cuando entraban en la calle del Arenal.

—¿Nitis?

Ella se volvió de pronto, sonriendo.. Y los dos, como si despertasen de un sueño angustioso, se buscaron las manos en la tibia semiobscuridad de la berlina.